

VERSIÓN DE **FLORENCIA ABBATE**

易经

I CHING

LIBRO DE LOS CAMBIOS

Una lectura para el presente

VERSIÓN DE FLORENCIA ABBATE

易经

I CHING

LIBRO DE LOS CAMBIOS

Una lectura para el presente

 Planeta

PRÓLOGO

EL LIBRO Y SU ORIGEN

Pocos libros tienen una genealogía tan extraña. Hace más de tres mil años, los adivinos de la dinastía Shang grababan preguntas sobre huesos de animales y caparazones de tortuga. Los calentaban hasta que se agrietaban y, en las grietas, leían la respuesta del cosmos. Con la dinastía Zhou, esa práctica fue cediendo lugar a las varillas de milenrama: un método más austero y portátil que luego cualquiera podría practicar sin necesidad de especialistas. Los sabios de la corte Zhou recopilaron adivinaciones reales y formularon, para cada hexagrama, un dictamen oracular y sentencias para cada línea. Ese saber quedó fijado en tiras de bambú atadas con cuerdas de seda; así, el crujido del fuego se convirtió en un libro. Ese núcleo —los dictámenes y las sentencias de las líneas— es lo que se conoce como *Zhouyi*, y siglos después se convertiría en el *I Ching*, o *Libro de los Cambios*. Yo lo conocí mucho más tarde, en una mesa de Buenos Aires, con tres monedas y un amigo.

El *I Ching* no pertenece a un autor: es una invención colectiva que creció por capas, como una ciudad sobre sus propias ruinas. El *Zhouyi* contiene aquellas sentencias oraculares, hechas de imágenes

que nadie podría descifrar del todo. Sobre ese núcleo se añadieron, durante casi tres siglos, sucesivos apéndices de comentario, las llamadas *Diez Alas*, que lo elevaron al rango de clásico y transformaron el oráculo en una cosmología. Con el paso del tiempo acumuló interpretaciones y contradicciones, porque es tan inagotable que ninguna lectura tiene la última palabra. Se lo compara con la Biblia; no en contenido, sino en la escala de su longevidad y su influencia en el mundo. En Asia oriental ha sido el libro más consultado de todos.

La historia de cómo llegó a Occidente es inseparable de un nombre: Richard Wilhelm, misionero alemán que vivió en China entre 1899 y 1924 y produjo la traducción que desde hace un siglo define la recepción occidental del *I Ching*. La versión de Wilhelm es una obra de erudición extraordinaria. Pero es también, inevitablemente, una lectura situada: está teñida por la interpretación confuciana —orientada a la ética del gobernante, el orden social y el deber— y también por la mirada de un hombre europeo y protestante nacido a fines del siglo XIX. Cuando Wilhelm traduce ciertos hexagramas e interpreta figuras femeninas en términos de subordinación, no está traicionando el texto: lo está leyendo desde su tiempo y su lugar. Pero ese tiempo y ese lugar no son los nuestros.

LÍNEAS DE LECTURA

A lo largo de su historia, el *I Ching* fue leído de formas diversas, y cada época le agregó una capa de interpretación. En Occidente llegó ya filtrado por la lectura confuciana —los comentarios conocidos como las *Diez Alas*—, que fue atribuida tradicionalmente al propio Confucio, aunque en realidad fue construida por eruditos confucianos posteriores y codificada como doctrina imperial durante la dinastía Han, a partir del siglo II antes de Cristo. Confucio, sin embargo, era un pensador más sutil y más abierto que la doctrina que lleva su nombre. Esa doctrina convirtió una tensión dinámica en una jerarquía: yang no solo precede a yin, sino que lo rige, del mismo modo que el Cielo regiría a la Tierra, el soberano al ministro, el padre al hijo, el hombre a la mujer. Desde esa perspectiva, cada hexagrama describe el comportamiento que corresponde al “hombre noble” (*Junzi*) ante una situación dada, y la virtud consiste en que cada quien desempeñe el rol que le corresponde. El deber aparece como expresión de un orden natural. Lo que esa tradición llama virtud es a veces obediencia.

A partir del siglo III, el movimiento conocido como *Xuanxue* (el “Estudio de lo profundo”, una corriente que fusionó la metafísica taoísta con la exégesis confuciana) relanzó la lectura del *I Ching* desde otro ángulo. El comentarista Wang Bi (226-249), figura central

de esta corriente, barrió con la numerología predictiva acumulada para volver al texto desnudo y orientarlo hacia la pregunta filosófica. Buscó en cada hexagrama el principio que subyace a todas las líneas y les da coherencia. Leyó el *Zhouyi* como filosofía y no como oráculo. Esa lectura floreció especialmente en las dinastías Tang y Song, cuando también se desarrolló la vertiente del taoísmo interno —representada siglos después por Liu Yiming (1734-1821)—, que usa los hexagramas como guía para el cultivo interior. Dicha vertiente parte de una cosmología: del Tao emerge el Uno; del Uno, la dualidad yin-yang; de su interacción nace el Tres, y el Tres engendra a “las diez mil cosas”, la multiplicidad dinámica de todo lo existente. El libro, con sus sesenta y cuatro hexagramas, convierte esas mutaciones en un mapa para navegar el cambio.

Estas líneas interpretativas no pertenecen solo al pasado. En el siglo XX, el *I Ching* entró a Occidente a través de una puerta principal: la traducción neoconfuciana de Richard Wilhelm, publicada en 1924. La traducción al inglés, realizada por Cary F. Baynes a partir de esa versión y publicada en 1950 con un prólogo de Jung, se convirtió en la más influyente y vendida en Occidente. Jung instaló el concepto de sincronicidad como marco de lectura e inauguró una recepción masiva que con los años derivó, en sus versiones más diluidas, hacia el New Age y las ediciones puramente comerciales. Hasta hoy la

mayoría de las versiones occidentales se derivan de esa traducción neoconfuciana. En paralelo, una corriente mucho más pequeña pero consistente buscó recuperar la orientación taoísta del texto. Por su parte, la sinología contemporánea —impulsada por hallazgos arqueológicos como los manuscritos de Mawangdui, exhumados en los años setenta— busca reconstruir el *Zhouyi*, despojándolo de todas las capas interpretativas posteriores. Cualquier edición contemporánea puede inscribirse en alguna de estas líneas o en una combinación de varias.

Aunque en China la lectura confuciana y la taoísta se mezclaron históricamente, el contraste entre ambas perspectivas resuena en cada hexagrama. Desde la perspectiva confuciana, el hexagrama 2 —la Tierra, lo receptivo— describe la posición del ministro respecto del soberano, del hijo respecto del padre, de la mujer respecto del hombre, una posición de subordinación virtuosa. Desde la perspectiva taoísta, ese mismo hexagrama describe algo distinto: la Tierra no encarna un rol social, sino la potencia del Yin, la sabiduría de lo receptivo y la virtud de nutrir sin forzar; no como una posición subordinada, sino como una fuerza fundamental que sostiene y da forma a todas las cosas. Son dos maneras de leer la misma imagen y conducen a lugares diferentes.

Mi mirada se reconoce más afín a la línea taoísta —orientada a la inteligencia de lo oportuno— que a las dos lecturas dominantes en Occidente: la neoconfuciana, con su énfasis en la normatividad, y la jungiana, con su tendencia a leer el texto a partir de categorías psicológicas occidentales. El filósofo François Jullien, uno de los pensadores contemporáneos que mejor analizó la diferencia entre el pensamiento chino y el occidental, señaló que el *I Ching* propone una manera de entender el cambio y el tiempo muy distinta a nuestra tradición: no la causalidad, sino la transformación; no el progreso lineal, sino el ciclo de fuerzas; no la acción que impone, sino la que acompaña. Esta versión explora esa comprensión del tiempo y el cambio.

SOBRE ESTA VERSIÓN

Mi interés por el *I Ching* nació en la intersección entre la filosofía y la literatura —el territorio donde trabajo desde hace años— y le debe mucho a mi amistad con Hugo Padeletti, poeta y artista plástico argentino fallecido en 2018, sobre cuya obra escribí y que fue para mí un maestro. De él heredé parte de su biblioteca, entre otras cosas sus libros de filosofía taoísta, de zen, de poesía china, y sus notas escritas a mano. Padeletti era lo que él mismo llamaba un *seeker* —un buscador persistente de sentido que había recorrido el hinduismo, el budismo zen, la contemplación, el pensamiento de Simone Weil—,

y el *I Ching* era para él otro de los hitos de un largo camino. Su obra reunida se titula *La atención* (1999), y uno de sus libros de poesía, *Eldandiego* (2007), lleva como título el nombre del hexagrama 56, el del viajero sin morada fija. En un texto sobre su propio trabajo, escribió: “Cuando era estudiante de pintura creía que un cuadro solo estaba bien o mal pintado. Durante treinta años de escuelas de arte, galerías, salones, jurados, museos [...] la fórmula cambió por sí sola. Ahora sé que la forma tiene vida o no la tiene y, si la tiene, lo que importa es qué clase de vida. La que a mí más me interesa es tranquila, serena, simple, silenciosa, transparente como el agua en reposo; proviene de la experiencia contemplativa y reconduce nuevamente a ella”. Fue en su casa de San Telmo, cuando iba a tomar el té, que el libro entró en mi vida. A veces le contaba alguna cosa y Padeletti proponía hacer una tirada: yo lanzaba las tres monedas sobre la mesa y él leía. En esas tardes descubrí los estados que el *I Ching* propicia: la atención, la quietud, la confianza, la profundidad —modos de presencia que la aceleración contemporánea lleva a frecuentar cada vez menos—.

De esas tardes, y de esos estados, nace esta versión, que me propuse fuese minimalista y condensada. Lo que me atrajo fue el texto más antiguo —compuesto por un dictamen y seis líneas para cada hexagrama—, y aquello que la tradición taoísta desplegó a partir

del *Zhouyi*: una filosofía que enseña a leer el momento, a encontrar los caminos menos forzados, a afinar la percepción. Abordé este proyecto con libertad de escritora y curiosidad de investigadora. El punto de partida fue una traducción literal del *Zhouyi* cotejada con tres traducciones al inglés: la de Richard Lynn (1994), que incluye las *Diez Alas* y los comentarios de Wang Bi; la de John Minford (2014), y la de Rudolf Ritsema y Stephen Karcher (1994), que despliega cada término en su campo semántico completo.

La primera de mis decisiones fue despejar el texto original: no incluir las *Diez Alas* ni abrumar con referencias históricas. Otra fue organizar cada hexagrama en cinco secciones breves. El “Dictamen” y las “Líneas” son mis versiones de los textos del *Zhouyi*, realizadas con criterios literarios y fidelidad al sentido más que a la letra.

La “Imagen”, la “Lectura” y las “Notas a las líneas” son secciones de mi autoría. La “Imagen” es una miniatura poética que evoca los fenómenos naturales del hexagrama y su atmósfera. En la “Lectura” se despliega la interpretación: el concepto central, qué tipo de momento describe, qué actitud ilumina, incorporando algunas nociones de la tradición taoísta. Las “Notas a las líneas” buscan acercar su sentido a la experiencia de quien consulta hoy, respetando lo que cada línea indica según su naturaleza y posición en el hexagrama. En algunos hexagramas incluí también citas o

referencias a autores y autoras tanto orientales como occidentales. Fui dejando sin querer un mapa de mis propias lecturas y de las asociaciones que me iban surgiendo a medida que escribía. Las citas no buscan ilustrar el sentido del hexagrama, sino habitarlo o proponer una resonancia desde otro lugar. En su conjunto, este libro es una versión del *I Ching* orientada a acercar su filosofía al presente. Toda lectura de un texto de hace casi tres mil años implica el horizonte de quien lo interpreta: su época, su lengua, su lugar, sus inevitables malentendidos. Esta versión pone en juego especialmente ese horizonte.

Otra decisión fue el modo de nombrar los hexagramas. El *I Ching* no describe la realidad como una colección de sustancias o formas fijas, sino como una trama de procesos en permanente transformación. Por eso, en varios casos, donde casi todas las traducciones usan el sustantivo, preferí nombrarlos con verbos (“Esperar” en lugar de “La Espera”, “Retirarse” en lugar de “La Retirada”, entre otros). La acción me pareció más fiel a la dimensión dinámica que el texto y sus mutaciones proponen. Por otra parte, los nombres canónicos —los que llegaron al español a través de Wilhelm— no siempre transmiten el sentido original para un oído actual. El nombre del hexagrama 28 significa literalmente “gran exceso”; en la traducción al español de Wilhelm aparece como “La Preponderancia

de lo Grande” (una imagen que hoy no evoca exceso); mi versión lo llama “Sobrecarga”. El hexagrama 54 se refiere a una joven dada en matrimonio como esposa secundaria; en esa traducción aparece como “La Muchacha que se Casa”; mi versión lo llama “Relación asimétrica”. No todos los nombres son equivalencias; algunos son reescrituras que orientan el sentido hacia la vida contemporánea. Este libro fue escrito por una mujer, y ese no es un dato secundario. No existe todavía una versión creada en español que lea el texto desde este lugar. Gran parte de la tradición de comentario fue producida por hombres, para un lector imaginado como hombre, en culturas donde las mujeres ocupaban un lugar subsidiario. Algunos hexagramas fueron utilizados durante siglos para prescribir formas de subordinación femenina como modos de la virtud. Pero las fuerzas que el *I Ching* describe —el yin y el yang— no son propiedad de ningún género. Lo que los comentaristas convirtieron en jerarquía era originalmente una descripción del movimiento de las cosas. Esta versión retoma esa comprensión más antigua. Y no corrige el sesgo patriarcal con un gesto programático, sino con algo más simple: interpreta desde otra experiencia y otra época, imagina a otra persona consultando y deja que eso cambie, de manera sutil pero persistente, el tono, el énfasis, la manera de habitar cada imagen. La consultante no es aquí una excepción ni una adaptación, sino

una lectora a quien tuve en mente desde el principio y que podría ser yo misma.

Hacer este libro fue un placer, y también un juego. El *I Ching* tiene algo de objeto mágico. Puede leerse de principio a fin o abrirse en cualquier página y entrar en cualquier situación. Te va llevando de un hexagrama a otro a través de las líneas que mutan, y sorprende con simetrías secretas y conexiones inesperadas. Sus situaciones pueden ser graciosas, encantadoras, terribles, insólitas, y a veces tan exactas que producen esa extrañeza particular de encontrar más de lo que se buscaba. Recorrerlo es una forma de perderse y reencontrarse. Y el viaje no termina nunca. El hexagrama 64 (“Antes de lograrlo”) cierra el libro sin cerrarlo. La incompletud es la última imagen, y desde ahí se vuelve al principio. Una cinta de Möbius que gira sin agotarse.

No es casual que haya fascinado a tantos artistas. En China, durante siglos, la cosmología del *I Ching* fue incorporada a la vida cotidiana como una manera de habitar el mundo: los seres humanos no están separados de la naturaleza, sino tejidos en sus procesos, en resonancia con sus fuerzas. La belleza de esa manera de experimentar el mundo quedó plasmada en el arte chino: en la pintura, la poesía, la caligrafía.

En Occidente, artistas del siglo XX lo integraron a sus prácticas creativas. John Cage lo consultaba para tomar decisiones compositivas —qué nota, qué duración— buscando escapar a las preferencias de su ego: “En lugar de expresarme, me transformo”. Philip Dick escribió *El hombre en el castillo* dejando que el oráculo guiara el rumbo del argumento. Yoko Ono y Xul Solar crearon obras basadas en hexagramas. Octavio Paz lo usó en experimentos poéticos. Borges le dedicó un soneto. Y Hermann Hesse lo convirtió en objeto de estudio y contemplación: “No es leer, no es pensar, es como mirar el agua que corre o nubes que se desplazan”.

Quien llegue a estas páginas con una pregunta real encontrará una respuesta que es solo suya. El *I Ching* no predice: abre un campo de sentido. El mismo hexagrama dice cosas distintas a personas diferentes, y cosas distintas a la misma persona en momentos diferentes de su vida. Cada lectura es única. Este libro intenta acompañarla, y dejar espacio para que ocurra algo que ningún libro puede anticipar.

Florencia Abbate
Buenos Aires, 2026

HEXAGRAMAS



1. CIELO 乾

CIELO SOBRE CIELO (QIAN/QIAN)

IMAGEN

La potencia creativa sin obstáculo ni desvío. El cielo en movimiento no descansa: brillan las estaciones en su ciclo, llueve y las diez mil cosas nacen.

LECTURA

El cielo representa el comienzo, no uno particular sino la facultad misma de comenzar: la capacidad de iniciativa. El *I Ching* abre con este hexagrama y con el siguiente —Cielo y Tierra— porque son los principios generativos del sistema; de su movimiento conjunto nace todo lo demás: “Las diez mil cosas”.

Este hexagrama encarna la energía yang en su forma más pura, seis líneas continuas, sin interrupción. Es la firmeza y la constancia del cielo lo que mantiene las estaciones en su ciclo y la vida en su flujo incesante.

Un momento de potencia creativa. Las condiciones para iniciar o desarrollar algo son muy favorables. Lo creativo es un proceso que tiene sus tiempos y no se puede forzarlos: el dragón que aparece en las líneas atraviesa etapas. Primero madura en silencio, luego se mueve, luego se despliega y vuela libremente.

DICTAMEN

Sublime éxito. Es propicio ser constante.

LÍNEAS

1. El dragón se oculta bajo el agua.
2. El dragón aparece en el campo. Es propicio el encuentro.
3. Todo el día en acción creativa. Al atardecer, cautela.
4. Tal vez decida dar el salto. No hay error.
5. El dragón volando en cielo abierto. Es propicio el encuentro.
6. El dragón se eleva demasiado. Arrepentimiento.

NOTAS A LAS LÍNEAS

Línea 1. Algo se está preparando por debajo. No es momento de actuar. Dejar que madure.

Línea 2. Lo que venía madurando empieza a dejarse ver. Los encuentros pueden ampliar el horizonte.

Línea 3. El momento de mayor avance también es el de mayor riesgo. Sostener la atención cuando todo va bien.

Línea 4. Todas las posibilidades están abiertas. Sin apuro por definir. Esperar hasta que se vuelva evidente cuál es la adecuada.

Línea 5. La potencia creativa en pleno vuelo. Se despliega hacia su meta espontáneamente. Los encuentros potencian.

Línea 6. La fuerza que ignora el límite se pierde en la omnipotencia. El exceso trae arrepentimiento.

CITA

Ver el mundo en un grano de arena

Y el cielo en una flor salvaje

Sostener el infinito en la palma de tu mano

Y la eternidad en una hora.

William Blake*

* Las traducciones de citas son de la autora.